

Andrés
González-Barba

Los
diarios
de Regent
Street



Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

Percusión, JOSÉ BALZA

La transformación, FRANZ KAFKA

El salvaje de Borneo, ALFREDO TAJÁN

Las penas del joven Werther, JOHANN WOLFGANG VON
GOETHE

Ardeviejas, CARLOS JURADO CABALLERO
La ninfa y otros relatos, RUBÉN DARÍO
El último abencerraje/ Atala/René, FRANÇOIS RENÉ
DE CHATEAUBRIAND

• **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA
Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN
El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ
El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO
Hildur, TONI MONTESINOS
Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO
La maldición del cronista, MARC GUAL
Sueños de libertad, CARLOS ALGORA
Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ
El año de Malandar, JUAN VILLA
La carpa de oro, CHARO PRADOS
El hombre encuadernado, BRUNO MESA
Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA
El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ
Campo de minas, CÉSAR ROMERO
Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ
Dieste, MARIO GÓMEZ LÓPEZ
Andábata, OLGA BERNAD
La línea de asfalto, MANUEL G. SÁNCHEZ-CAMPILLO
Premonición, PEPE CERVERA
Macedonia de rutas, ANTONIO RIVERO TARAVILLO



Andrés González-Barba (Sevilla, 1974) es un autor novel al que siempre le ha gustado la Literatura, su gran pasión junto al Periodismo. Desde su juventud ha escrito varios poemarios. Es redactor de la sección de Cultura del periódico *ABC* de Sevilla y ha colaborado, además, en otras publicaciones. *Los diarios de Regent Street* es su primera novela.

www.parentesiseditorial.com

Fragmento de muestra de *Los diarios de Regent Street*

LIBRO PRIMERO

LAS MEMORIAS SECRETAS DE ARTHUR CONAN DOYLE

1

EN EL QUE EMPIEZO A PENSAR EN EL FIN DE SHERLOCK HOLMES

Mi vida no hubiera sido la misma sin los extraños acontecimientos que me sucedieron a partir de 1892. Estaba pasando unos meses muy duros en donde los cambios se producían sin sentido. Había publicado la última de mis aventuras de Sherlock Holmes y casi me estaba hartando de este personaje. Adonde quiera que fuera, la gente me preguntaba una y mil veces por tal o cual aspecto de alguna de sus historias. Es injusto que un escritor sea identificado con un mismo personaje toda la vida. Que si tal caso me llegó al alma, que si tal otro es mi favorito, que si este tiene una historia increíble de un robo... Realmente estaba amargado porque siempre he aspirado a ser un escritor de prestigio, pero lo de Holmes iba ya de castaño a oscuro.

He de confesar que, cuando escribí *Estudio en escarlata*, lo hice como un mero entretenimiento y creo que la novela no quedó mal. Después del éxito me animé a publicar *El signo de los*

cuatro para luego seguir con *Las aventuras de Sherlock Holmes*, pero llegados a un punto determinado de mi vida necesitaba progresar en mi literatura, y Holmes no me dejaba avanzar.

No me imagino de ninguna de las maneras que Charles Dickens hubiera tenido que escribir más historias de Mr. Pickwick por la presión de sus lectores, eso hubiera sido demasiado para este gran escritor. Yo no pretendo compararme ni mucho menos con este, Dios me libre, pero en aquellos días comencé a pensar en la muerte de mi querido personaje. Lo veía como un cadáver maravilloso mientras me regocijaba con las cartas de mis admiradores: «Señor Doyle –me decía uno de ellos–, creo que usted debería dedicarse exclusivamente a escribir estos casos de misterio porque nos elevan el alma hacia un estadio superior».

Si quería dar ese paso adelante tenía que ser valiente y empezar a cortar lazos en mi vida, así que comencé a pergeñar un plan para acabar con este detective que estaba ya fagocitando mi vida como si se tratara de un vampiro.

Pero en Londres no todo se centraba en Holmes por aquellos días, porque me llegaron ciertas noticias de algunos extraños asesinatos y robos en la ciudad. A mí siempre me han gustado todos los casos de misterio y estaba atento a los sucesos que publicaba la prensa, pero he de confesar que estos enigmas desbordaban todas mis expectativas, y ni la mejor de mis novelas hubiera superado la realidad.

Por lo demás, mi vida era de lo más vulgar, pese a que algunos de mis lectores me hubieran idealizado pensando que yo era como una especie de ser extraordinario. Hasta la fecha me he considerado un hombre absolutamente normal que desempeña su trabajo con honestidad. A lo mejor, si me hubiera dedicado por entero a la medicina en vez de a la literatura hubiera hecho más bien a la sociedad. Sin embargo, cuando veo las cartas que mis lectores me han mandado en todos estos años, comprendo que tal vez haya hecho algún tipo de servicio social con mi literatura. Si es así me sentiría muy orgulloso.

En fin, no quisiera desviarme excesivamente de mi historia; por eso debo decir que, en aquel mes de junio de 1892, Londres se presentaba como una ciudad un tanto conmovida por todos estos sucesos que he relatado anteriormente. Tanto los asesinatos como los robos parecían haberse hecho cada vez más intensos y Scotland Yard hablaba de que, detrás de ellos, había un cerebro que los controlaba a su antojo. Eso me llamó mucho la atención, y fue entonces cuando comencé a pensar en la idea de un Napoleón del crimen para alguna de mis historias. Quizás, si creaba un antagonista que estuviera a la misma altura intelectual que Sherlock Holmes, llegaría un momento en que tendría la excusa perfecta para asesinarlo. De esa manera, el personaje del profesor Moriarty fue haciéndose cada vez más consistente en mi cabeza. A medida que aumentaba mis pensamientos hacia él le tenía una mayor admiración porque lo había imaginado como una persona fría y calculadora, pero a la vez refinada y consecuente con sus acciones.

Mientras me hallaba inmerso en todas aquellas elucubraciones, me llegó a mi casa un telegrama del *Strand Magazine*. Mi editor, sir George Newnes, quería reunirse conmigo inmediatamente, expresándomelo con las siguientes palabras:

«Querido Arthur, necesito verle lo antes posible. Por favor, pásese por nuestras oficinas porque es muy urgente».

Ante tal insistencia de mi editor, no tuve más remedio que dejar todo lo que tenía entre manos y dirigirme hacia las oficinas del *Strand*. De alguna manera me sentía como una marioneta que era dirigida a su antojo. Mi vida se podía asemejar a la de un barco a la deriva en medio del océano, sin un puerto seguro adonde llegar.

Salí, pues, de mi casa y me adentré por las calles londinenses con celeridad. Me sorprendió el gran número de personas que iban de un lado hacia otro. Alguna que otra que se cruzaba conmigo me reconocía y me decía: «Buenos días, señor Doyle», y yo trataba de corresponderle lo más amablemente que podía. Nunca hubiera pensado que mi fama llegara a tanto

después de la precariedad que pasé cuando ejercí como médico en Southsea. Ahora las cosas eran muy distintas y me había acostumbrado a cierta bonanza económica, pero tal vez aquellos años fueron mucho más emocionantes en mi vida porque tenía un largo camino que recorrer.

Inmerso en estas reflexiones, llegué al *Strand* y me dispuse a entrar en el edificio. Allí me esperaba Newnes y admito que, en ese momento, no sabía qué era lo que quería.

2

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Cuando me entrevisté con Newnes, me di cuenta de que se encontraba mucho más contento de lo habitual. Era un hombre fascinante desde todos los aspectos pues nunca me dejaba de sorprender. Su mirada tenía siempre una chispa especial, todo ello acompañado por unos gestos exquisitos que hacían que este individuo siempre tuviera una enorme seguridad en sí mismo. Esto fue lo que provocó que en aquellos días fuera el editor de moda y que todos los grandes escritores quisieran publicar en el *Strand*. Su brillante carrera parlamentaria y su labor como *baronet* le llevaron a alcanzar un prestigio en toda la sociedad británica. Lástima que su relativa temprana muerte nos privase de una de las mentes más brillantes de Reino Unido.

—Por favor, Doyle, siéntese aquí —me dijo en cuanto entré en su despacho mientras me señalaba con su mano uno de los asientos que estaban situados junto a su mesa—. No se puede imaginar lo contento que estoy con las últimas aventuras que han aparecido publicadas en estos meses.

—Me congratula mucho saber que piensa eso de mis relatos –le dije lo más modestamente que pude.

—Hemos recibido una gran avalancha de cartas en los últimos meses y he de decirle que nuestros lectores están encantados con las andanzas de Holmes y Watson. Estamos sin duda en la línea perfecta para conseguir el gran éxito editorial del siglo –sentenció mientras encendía un puro.

—Que estas aventuras hayan aparecido como relatos breves y no como novelas largas ha favorecido para que el público mayoritario se interesase por estas historias –le aclaré a sir George.

—Tal vez eso sea cierto, pero no se puede imaginar lo que nuestros lectores están disfrutando. Especialmente están encantados con historias como *Un escándalo en Bohemia* o *El carbunco azul*.

—Señor –le dije con cierto orgullo–, son cuentos que, lejos de entretener como simples relatos de aventuras, tienen detrás muchas horas de reflexión y de documentación.

—Eso está muy bien. ¿Por cierto, quiere uno? –me dijo acercándose su caja de puros.

—No, gracias, señor.

—De acuerdo, Arthur. Ahora querría comentarle un asunto de gran importancia. Como comprenderá, dado el gran éxito que han tenido sus relatos, nos encantaría que usted siguiera con esta serie. Acabamos de publicar *El misterio de Copper Beeches* y entenderá que el público necesita muchas más emociones.

Como se podrá ver mi situación era paradójica. Por un lado, cada vez tenía más éxito con Holmes, lo cual no dejaba de halagarme, pero por otro, sentía la necesidad de escribir nuevas ficciones que me llevaran hacia unas metas literarias mucho más ambiciosas.

—Comprendo, señor, lo que usted me dice –le respondí a Newnes intentando que no se me notara nada esa agitación mental que me turbaba–, pero no sé si escribiendo una nueva

serie de Holmes acertaría a alcanzar esas enormes expectativas que hay depositadas en mí. Tal vez sería mejor que me tomara un tiempo de descanso y que escribiera otras historias.

—Eso puede venir después, ya que ahora el *Strand Magazine* le necesita más que nunca porque usted es el puntal de nuestros escritores. No sólo en Londres nos piden sus relatos de intriga, sino en el resto del Reino Unido y, por descontado, en los Estados Unidos de América. Hemos recibido numerosas cartas de Nueva York, Baltimore, Boston o San Francisco; por eso comprenderá que no podemos defraudar a tantos seguidores.

—Entiendo, señor. La verdad es que me quedo muy abrumado ante tantas respuestas de los lectores, pero yo no puedo escribir pensando sólo en complacerlos. ¿No cree usted que tengo también derecho a intentar otros caminos?

Newnes pareció quedarse un tanto atónito ante mis comentarios. Creo que lo dejé un poco fuera de juego; sin embargo, supo reaccionar a tiempo.

—Mire, Arthur, le prometo que le vamos a revisar su contrato. Si antes cobraba por cada relato una cantidad apreciable, ahora se la doblaremos. Creo que sería muy justo que usted estuviera con nosotros en las mejores condiciones. ¿Qué dice a esto?, ¿se anima a escribir más?

Mi editor puso una cara tan persuasiva que yo casi no le pude dar un no por respuesta.

—Está bien –respondí ante su insistencia–, usted gana, como siempre. Me comprometo a escribir una nueva serie de relatos, e intentaré que esta supere a la anterior. Después, ya veremos lo que pasa.

Al escuchar mis palabras, Newnes me estrechó con fuerza mis manos y me dio un abrazo.

—Esto lo tenemos que celebrar a lo grande. Por favor, ¿sería usted tan amable de quedarse conmigo a almorzar? Verá, estoy citado con el inspector jefe Henry Walcott, de Scotland

Yard. Es un gran amigo mío del colegio y creo que, como usted, un gran aficionado a la criminología. Encontrará muy interesante su conversación.

—De acuerdo —le respondí.

La verdad es que la posibilidad de quedar con un inspector de policía me parecía una idea muy interesante porque siempre me han gustado todos los asuntos de Scotland Yard. A pesar de que no había podido convencer a Newnes para dejar los relatos de Holmes, este me supo recompensar con un encuentro con alguien que parecía ser muy interesante. Así es que estuvimos unos minutos más en el *Strand* hasta que sir George pidió un coche para que nos llevase a un restaurante cercano a la estación Victoria.

—Ya verá, Doyle, lo que le va a gustar conocer a Walcott. Es un policía extraordinario, y nos contará todos los cotilleos del crimen que se cuecen en la ciudad.

Diciendo esto salimos del edificio para subirnos a nuestro coche y dirigirnos hacia la estación Victoria. Empezamos a recorrer algunas calles, y a mí me llamó la atención lo animado que estaba aquel día Newnes. No paraba de hablarme y de abrumarme con gran cantidad de comentarios, pero no podía hacer otra cosa que seguir sentado en mi asiento y dejarme seducir por aquel hombre que tanto don de palabra poseía.

Habíamos quedado junto al restaurante Hollies, un edificio rematado por unas enormes cristaleras. Su decoración interior se caracterizaba por una abundante vegetación, por lo que me dio la sensación de estar en un jardín botánico.

En la puerta de aquel local nos esperaba un hombre alto y robusto con espesas patillas que recorrían como dos arrecifes sus dos mejillas. Poseía un rostro rubicundo y unas manos recias, lo cual le confería la fortaleza de un roble. Además, tenía una mirada certera y muy perspicaz, como si se tratara de un hurón.

—Querido Doyle, le presento a Henry Walcott.

—Encantado —me dijo mientras me saludaba de una forma enérgica—. Ya me comentó Newnes que probablemente vendría usted con nosotros y a mí me complace conocer al creador de Sherlock Holmes. Por cierto, me gustaría hacerle una apreciación, sin que esto le reporte molestia alguna. Creo que usted es un tanto injusto con Scotland Yard cuando habla de nosotros en sus relatos.

[IR A LA FICHA DEL LIBRO](#)

Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.